

la legislación civil del país, sea cual sea ésta.

Es un libro de acertados criterios abiertos, y que esperamos sea la base para que Fierro haga una estructuración más sistemática en el futuro, ya que el tema lo merece. ■ E. MIRET.

El gran miedo del año 2000

Si en 1971 el campo del ensayo científico se vio marcado por el libro de Jacques Monod, *El azar y la necesidad*, 1972 habrá sido el año de los libros acerca del comportamiento (Lorenz, Skinner, Rodríguez Delgado) y de los problemas del equilibrio ecológico en nuestro planeta.

Dentro del campo de la ecología, el libro de Jean Dorst (1), publicado recientemente por Ediciones Omega en una cuidada edición, constituye el texto más documentado aparecido hasta el presente en España acerca de la degradación de la Naturaleza y la cuestión del medio ambiente.

Dorst, tras describirnos las diferentes etapas de la larga marcha recorrida por el hombre desde la comunidad primitiva hasta la actualidad, bajo el ángulo de las relaciones del hombre con la Naturaleza, concluye que el viejo pacto que unía al hombre a la Naturaleza ha sido roto y que la especie humana corre el riesgo de ir hacia su propia desaparición.

Aunque muchos parecen ignorarlo, el tema no es nuevo. Ya en 1876, Engels escribía: «A cada paso los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la Naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la Naturaleza; sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro pertenecemos a la Naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferen-

cia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente» (2).

La especie humana debe, pues, respetar determinadas leyes ecológicas a las que, como otros seres vivos, estamos sometidos. Pero esta urgente unidad con la Naturaleza no debe suponer un retorno a la comunidad primitiva, mediante una huida hobbesiana a la manera «hippie». Digo esto porque existe una tendencia generalizada a considerar que los problemas de la degradación del medio ambiente son un mal necesario ligado a la industrialización y al aumento de población sobre la Tierra. Tal vez como reacción a los ideólogos de la «ciencia motor de la Historia», del Este y del Oeste, que creen que con la ciencia se puede solucionar cualquier problema, Jean Dorst ha escrito un libro que constituye un manifiesto antitecnocrático y humanista.

Todos los modos de producción que han existido hasta hace poco buscaban el efecto útil del trabajo en su forma más directa e inmediata, sin hacer caso de las consecuencias remotas, que sólo aparecen más tarde y con frecuencia de modo irremediable. El capitalismo, que ha llevado hasta extremos jamás alcanzados la destrucción del medio ambiente, parece haberse dado cuenta muy recientemente de estos problemas. Pero los ideólogos del sistema vieron en la cuestión de la ecología un posible medio para ocultar las causas inmediatas de muchos problemas, entre ellos el propio de la destrucción del medio ambiente. En un primer tiempo, la operación debía consistir en convencer a las poblaciones afectadas de que estos problemas son el «mal necesario» de todo progreso y no la consecuencia de determinado sistema económico y «modelo» de industrialización. Más tarde se trataría de invitar a la gente a la creación de

(1) Jean Dorst: *Antes que la Naturaleza muera*, 537 páginas, 128 fotografías, 75 figuras. Traducción: Alberto Marjanedas. Barcelona, 1972.

(2) Friedrich Engels: *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Escrito por Engels en 1876. Publicado por vez primera en «Die Neue Zeit», 1895-1896.

«eco-organizaciones» con su «eco-táctica» y «eco-estrategia». En Estados Unidos ya existen numerosas organizaciones de este tipo, muchas de ellas financiadas por los mismos «trusts» responsables de las mil contaminaciones cotidianas.

De este modo, augures de apocalipsis nos hablan de los terrores de un año 2000, poniendo en el asador su fatalismo pseudocientífico.

¿Qué escenario feli-niano para una representación de fin de siglo! Hay precedentes históricos de tales representaciones. El gran miedo del año 1000, por ejemplo. En aquella época, ante la crisis económico-social, agravada por las epidemias que se abatían sobre Europa, un aparato ideológico del Estado (la Iglesia) jugó la carta del inminente fin del mundo para así distraer la atención de las masas sobre las verdaderas causas del mal social.

Hoy, nuevos Jeremías auguran para la Humanidad los mayores males, mientras postulan un neomalthusianismo para los países oprimidos y una cruzada ecológica («plante su pino en la sierra») en los países hegemónicos.

¿El gran miedo del año 2000? Más bien el gran miedo de un sistema de economía basada en el beneficio y para el que sólo el producto acabado tiene un valor. Lo que no es un producto acabado es algo sin valor de lo que hay que desprenderse. De este modo, en este tipo de economía, el medio ambiente está cada día más contaminado, las aguas polucionadas y el aire irrespirable.

¿Miedo ante el año 2000? Es el sentimiento de una clase agonizante. ■ JOAN SENENT-JOSA.



TEATRO

Una obra de Miguel Hernández

El estreno de «El Labrador de más aire» se

presta a muchísimas consideraciones, más de una de carácter melancólico, a partir ya de la misma duda sobre si la representación no hará más mal que bien en el estudio y el recuerdo del poeta; muerto, como es sabido, en una cárcel el 28 de marzo de 1942.

insólitas del texto maldito. Lo que sí, en cambio, está claro es que «El Labrador de más aire», montado según los criterios del teatro rural, tal y como se ha hecho en el Muñoz Seca, es un drama endeble y hasta un tanto pueril.

Si, como todo el mun-



Suscita ya este primer punto una estimación contradictoria. Porque si, de una parte, es obvio que el equipo que ha estrenado el drama de Miguel Hernández no es el más adecuado para tan difícil compromiso, antes no hubo otro mejor que pechara con el empeño. De manera que las serias limitaciones de esta puesta en escena acaban siendo acusaciones contra una vida teatral que, a lo largo de treinta años de tantos días perdidos, no sintió la necesidad de abordar este drama.

Pero, ¿es que acaso «El Labrador de más aire» es una gran obra teatral? Difícil pregunta para mí, porque el tiempo ha ido probando que muchas obras, consideradas «no teatrales», alcanzaron el éxito y la «teatralidad» a través de una poética escénica renovada y atenta a las peticiones

do dice, y resulta evidente a través de las situaciones, las escenas y los personajes de «El Labrador de más aire», Miguel Hernández escribió al arrimo de la tradición lopesca, lo menos que podía exigirse era un montaje que cambiase el naturalismo por esa suma de convenciones que dan a las buenas representaciones de los clásicos un carácter épico. Si, además, la obra exige un tratamiento político —no sólo es la historia del Labrador rebelde asesinado por orden del cacique, sino la historia de un terrateniente que aprovecha los enconos personales para que un Labrador asesine a otro, cegado el primero e incapaz de comprender el alcance político de su acto—, el texto rehúye todo coloquialismo en busca de una expresión poética de la realidad, comprenderemos que «El Labrador de más

aire» plantea unos problemas ideológicos y también estéticos muy interesantes a la hora de ser llevada a un escenario.

Nada de esto, nos parece, ha sido abordado por la puesta en escena de Natalia Silva, que es también la intérprete de Encarnación, la protagonista. Ha privado, sobre todo, el amor a la palabra como tal, la búsqueda de la musicalidad, dentro de un diseño de tipo totalmente naturalista. Los trajes, la luz, el esquemático «atrezzo», las sugerencias del único decorado crean así un tipo de realidad en abierta contradicción con las imágenes y el mundo del lenguaje. No es, claro, que el escenario deba «materializar» la literatura de Hernández, pero sí crear una realidad estilísticamente acorde con ella, a fin de intentar evitar que el texto se desdramatice, que funcione por sí mismo y no ligado a toda la expresión teatral.

El montaje, en fin, ha aceptado que estábamos ante un poeta que utilizaba las formas teatrales con carácter de pretexto y no ante un poeta dramático. ¿Es esto así? ¿Será cierto que lo que importan en este caso son los versos y muy escasamente los personajes y las situaciones? ¿Se trata entonces de un texto para ser leído en casa o recitado sobre un escenario, pero no para ser interpretado dramáticamente?

Esta es la impresión que deja el animoso trabajo de Natalia Silva y de su equipo de actores, entre los que sobresalen Miriam de Maeztu, María Guerrero, Andrés Magdaleno y Felipe Simón; más fresca y viva la primera en la moza Luisa, más declamatorios y un tanto zorrilesos los restantes.

¿Está sentenciada la cuestión? ¿Conocemos, al fin, el valor escénico de «El Labrador de más aire» de Miguel Hernández?

Uno cree que no. ■ JOSE MONLEÓN.